

La práctica artística de algunos jóvenes creadores transita, al menos como punto de partida, en el terreno de la evocación de imágenes que forman parte del imaginario de la propia colectividad artística, bien en forma de relecturas contemporáneas de obras o lenguajes procedentes de la modernidad clásica, bien en forma de inmersión en la obra de algún creador más reciente considerada seminal en la construcción de una nueva vanguardia en la que pretenden inscribirse a modo de declaración de intenciones.

Sentada la premisa, ésta se instala como germen exploratorio de la propia conciencia en construcción, como una especie de guía en el territorio inexplorado de la creación de un nuevo lenguaje propio, guía o señuelo que, obviamente, es preciso olvidar para evitar caminos ya transitados, aquellos de la repetición mecánica, a veces aburridamente obscena de una mala copia. Evitando el peligro, queda una cierta huella de los elementos ajenos de los que se apropia, que no se inscriben ya en ningún tipo de referencia formal, sino más bien en el espacio de la memoria que se conforma ya como un posible lugar de encuentro y diálogo.

Fernando Bayona en su proyecto MILKABOUTS toma como referencia algunas obras del gran Bruce Nauman para ensayar la cimentación de un lenguaje personal que le permita sacar a la luz temáticas y problemáticas inscritas en sus obsesiones personales, no como forcejeo con su propia identidad, sino como elementos definitorios de la misma. Afortunadamente, la referencia es tomada para realizar una especie de viaje inverso. Lo que en Nauman puede entenderse como distancia o acotación del territorio de la individualidad frente al espectador y el resto del mundo, de forma irónica y provocadora, en Bayona es utilizada conscientemente como elemento de intercambio en las relaciones que se establecen entre distintos individuos. Y dicho elemento no es otro que la efímera concurrencia que se produce en el espacio vacío que une o separa a dos personas cuando se enfrentan a una relación pretendidamente, al menos, íntima. Bayona formaliza el lugar de encuentro como un nuevo lienzo en negro, en este caso, en el que los fluidos pueden crear cada vez una nueva y efímera obra pictórica en soporte, esta vez, fotográfico, transmutando así las reglas de una disciplina a otra en la que la superficie fotográfica está al servicio de la pintura, una pintura que se desvanece en el mismo instante de ser creada. El espacio vacío no puede ser ocupado de manera permanente, agotado en un solo acto, sino que su ocupación no es más que el anuncio de su futuro desvanecimiento, de su

irrenunciable vocación de procurar siempre nuevos encuentros para construir o poner en duda una identidad. El artista soslaya todo aquello que pueda ser considerado como intento de institucionalizar una estética o un resultado definitivo, quizá porque sabe que la identidad, artística o no, se construye sobre hechos probables pero no necesariamente ciertos, sobre posibilidades exploradas en su propia y vulnerable incertidumbre.

JOSÉ GUIRAO